

UN AUTOR Y UN PREMIO

Fernando Martínez: Un «Lazarillo» para el Año Europeo del Medio Ambiente.

Fernando Martínez, que se confiesa un apasionado de los libros, el cine y los viajes, es un toledano de treinta años en quien el Tajo ha producido una huella honda.

Sus estudios —en Madrid— se encaminaron hacia la Historia y la Antropología.

Aunque se halla en pleno trabajo con su tesis doctoral y «buscando de qué modo ganarse la vida con la enseñanza», ya ha publicado varios títulos de índole socio-histórica:

«Toledo en las Comunidades de Castilla», «Actitudes ante la muerte en el Toledo de los Austrias», «Castilla-La Mancha: historia, arte y etnología»,...

En la actualidad se gana el pan trabajando en la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha. Así que, como paisano y como funcionario del área de cultura, no nos ha sido difícil conectar con él. Pero antes de hablar de su faceta de escritor para jóvenes, debemos

agradecer a Fernando, además de sus palabras, el habernos proporcionado el original de su obra «El juego del pirata», ya que todavía no está en el mercado.

P.— En 1980 apareció tu primer libro destinado al mundo infantil. A los siete años aparece el segundo. La creación literaria ¿depende de esas «musas» que llegan cuando quieren, o es un trabajo concienzudo y diario —como opinan algunos autores— al que sólo te dedicas de vez en cuando?

R.— El lapso transcurrido entre los dos libros no se debe a que «la musa» me haya abandonado durante siete años. Como casi todos los que escriben no creo en las musas, sino en el esfuerzo y la voluntad de llevar a cabo algo que al mismo tiempo se necesita y cuesta hacer. Durante este tiempo he seguido escribiendo, pero no publicando, y cada vez que he logrado esto último he necesitado un premio. Ahora bien, para ser completamente sincero he de reconocer que no he escrito lo suficiente, pero ello se ha debido a que escribir —como leer, como viajar, como tantas cosas— se convierte en un lujo para un joven que, entre el paro y episódicos trabajos alimenticios, ha de buscar su lugar dentro de la profesión que ha elegido. Y eso aún no lo he logrado.



P.— Ya sabíamos que no es ésta tu única ocupación. ¿Hasta qué punto consideras tu trabajo de escritor como una profesión?

R.— Nunca me he planteado la literatura como una profesión. Para que algo sea tu verdadera profesión debes dedicarte plenamente a ello o al menos dedicarle el tiempo suficiente. Y la literatura, aun siendo un espacio importantísimo de mi vida, pocas veces ha sido una de mis ocupaciones habituales y diarias. Al igual que ella, hay muchas otras cosas que me encantaría se convirtieran en mi profesión. La vida manda y hoy me aplico con «aprofesionalidad» a los diversos campos que me gusta tocar.

P.— ¿Crees que se puede vivir de la creación literaria? ¿O eso es privilegio de una minoría?

R.— Ignoro lo nutrida que sea esa minoría, pero estoy convencido. De cualquier forma ya he dicho que ni me lo he planteado. Quién sabe si más adelante esa utopía pudiera ser mínimamente alcanzable.

P.— En una obra literaria —en tu obra literaria, para ser más explícitos— ¿hasta dónde llega la creatividad y hasta dónde el bagaje cultura personal?

R.— La creatividad no surge de la nada; se apoya en las experiencias vividas y en el bagaje cultural que vamos acumulando a lo largo de los años. En el caso de «El juego del pirata», esto es muy claro, pues el libro es una recreación en la que se mezclan mis vivencias y mis lecturas de adolescencia.

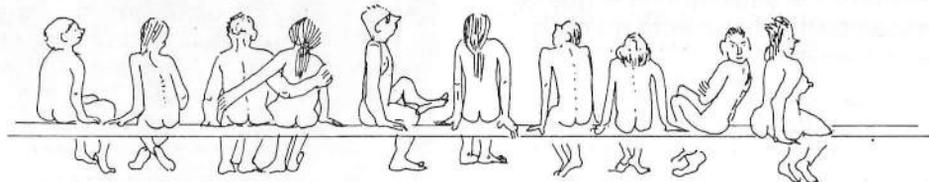
P.— ¿Escribes también para adultos, o sólo para niños y jóvenes? ¿Por qué?

R.— Siempre que he tratado de escribir dirigiéndome a una determinada clase de lectores, el resultado ha sido un fracaso. La forma y el estilo de una obra literaria me vienen dadas por lo que quiero expresar. Así, he escrito relatos, novelas, etc. Curiosamente han sido las que se pueden encasillar dentro de la literatura infantil las que han obtenido éxito y han merecido ser publicadas. No obstante, y aunque no pretendo ser un especialista que escribe para niños, me encanta la idea de que mis lectores sean preferentemente los jóvenes.

P.— ¿Qué supone para un autor sentarse a la mesa a escribir «para niños y jóvenes»? ¿Por qué «El juego del pirata» no es una obra para adultos?

R.— Cuando me pongo a escribir —ya lo he dicho— no pienso en los posibles lectores. Prefiero escribir lo que siento y como lo siento, espontáneamente. Tampoco estoy muy seguro de que un relato sea exclusivamente para niños. Espero que «El juego del pirata» conecte con los lectores juveniles, pero la novela también tiene algo de nostalgia, pues trata sobre la adolescencia probablemente no tal como es en realidad, sino tal como la recuerdo desde mis treinta años. Puede que los lectores adultos se identifiquen con este sentimiento, con este recordar lo que fuimos o lo que quisimos ser y hacer. En ese caso la barrera se habría roto y significaría que el libro es capaz de decir algo a los lectores de todas las edades.

P.— Dos obras, dos premios. Con «El río de los castores» conseguiste el Primer Premio Nacional de Literatura Infantil de 1979. Tu segunda obra, «El juego del pirata»



—aún inédita— ha sido galardonada con el Premio Lazarillo 1986. ¿Es verdad el dicho popular «hay quien nace con estrella...»?

R.— No puedo quejarme en cuanto a los premios, pero también debo hacer notar que entre uno y otro han transcurrido siete largos años sin una sola publicación, con muchas ilusiones que no han llegado al final a materializarse, con muchos desánimos y —¿por qué no decirlo?— frustraciones. Los premios son la punta de iceberg brillante que todos ven, pero la norma es mucho menos gratificante.

En todo caso, no reniego de mi estrella, sea más o menos afortunada. Gracias a los premios puedo hoy considerarme un aprendiz de escritor. Sin ellos nadie hubiera conocido nunca lo que escribo.

P.— Con esta trayectoria de premios, ¿no te has impuesto tú mismo un listón demasiado alto para la próxima obra? ¿O la «creación» literaria y los premios tienen poco que ver?

R.— Mi forma de escribir —creo— es poco acomodaticia. Siempre trato de subir el listón de lo ya escrito, buscar algo nuevo, diferente. A veces mi intento coincide con un premio, pero algunos de mis mejores trabajos no han tenido suerte y por tanto no han sido publicados.

P.— No cabe duda de que tus obras destilan una reivindicación en favor de la conservación del medio ambiente, en particular la primera. ¿Qué supone en tu vida esta preocupación?

R.— Las preocupaciones ecológicas constituyen una de las constantes de mis escritos y también de mi vida. Aborrezco la relación utilitarista y de superioridad que el hombre de hoy guarda con la naturaleza. Como hago decir a uno de mis personajes, el respeto al medio debería ser la piedra angular de la actuación del hombre, tanto en política como en cualquier otro campo. Pero el medio no sólo es el paisaje; es todo lo que nos rodea, todo lo que, como nosotros, tiene vida y forma parte de la naturaleza. Por tanto, supone nuestro respeto al entorno ecológico pero también a los seres humanos. Este respeto debería ser la prioridad absoluta porque, en definitiva es el respeto a la vida. Así entiendo la ecología: no una moda, sino una forma de pensar y de sentir que puede devolver al hombre la cercanía con el mundo que habita y consigo mismo.

P.— «El río de los Castores» tiene como subtítulo: «cuento real, aunque bañado por la más desesperada fantasía». Subrayo la palabra desesperada para preguntarte: ¿realmente es

dramática la situación en la que se encuentran actualmente muchos ecosistemas?

R.— «El río de los castores» surgió de una situación dramática: la muerte —no quito ni una letra— del tan querido río Tajo que pasa por mi ciudad natal. Sus parajes, sus riberas, están unidos a mi infancia y los siento como amigos entrañables. Mi impotencia frente a la progresiva degradación del río fue lo que me impulsó a escribir.

El río Tajo no es más que un ejemplo entre muchos. El hombre está matando su gallina de los huevos de oro, su mejor don. Mientras las prioridades económicas y utilitaristas sigan primando sobre las ecológicas, la degradación del medio proseguirá. Por eso es tan importante el pensamiento ecologista en el mundo de hoy. No es que se oponga al progreso, sólo quiere controlarlo y asegurarse de que va parejo con un progreso de la solidaridad y de las relaciones humanas.

P.— ¿Crees, como dice Ramón Tamames en una reciente entrevista, que «nuestro horizonte utópico es el estado ecológico»?

R.— Cuando me llaman utópico no me molesto en absoluto. Creo que la persecución de la utopía, como la imaginación, como el inconformismo, son los que de verdad hacen grande al hombre. Rechazar la utopía es reaccionario; creer y luchar por ella es el verdadero progreso.

Partiendo de lo que antes expliqué que era para mí la ecología, sí estoy de acuerdo con Tamames. Las épocas de crisis —dicen— se caracterizan por rechazar lo que no se quiere, pero sin saber lo que debe sustituirlo. En los últimos años empiezan a aclararse las cosas, ya se ve un horizonte hacia el que caminar.





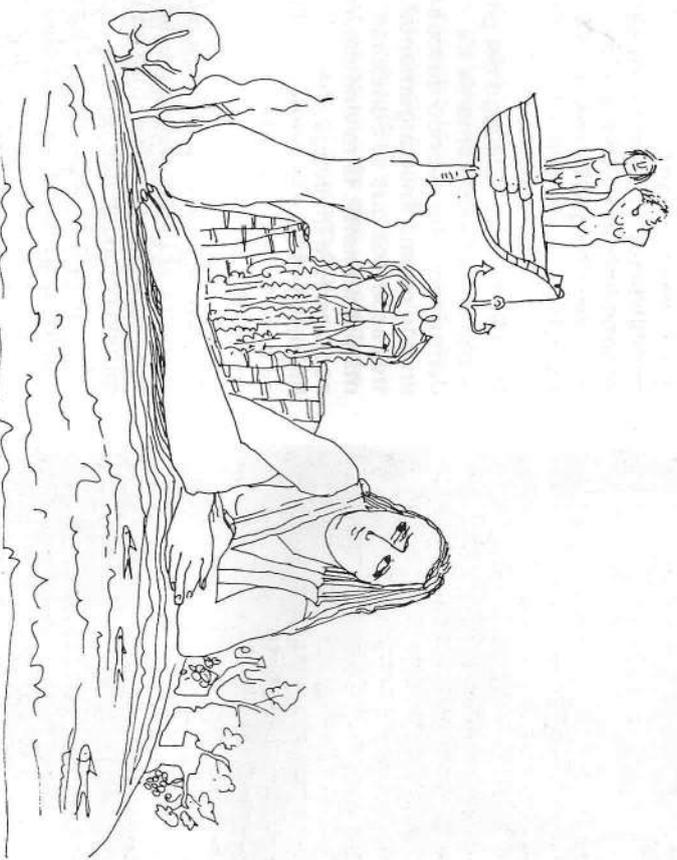
El camino será muy largo porque no se gana nada con imponerse a la gente; hay que cambiar mentalidades. Prohibir fumar sería contraproducente; habría que convencer de que es mejor no hacerlo.

P.— En tu obra «El juego del pirata» —con la que sinceramente he disfrutado— he querido descubrir, en una misma línea argumental, tres aspectos que se combinan magistralmente: la reivindicación ecológica, la investigación historiográfica y la aventura. ¿Cuál de ellas te hizo sentarte a la mesa a escribir?

R.— En este caso concreto, fue la aventura. «El juego del pirata» es una reivindicación de la aventura en un mundo comodón que reniega de ella. Sólo interesa la seguridad, el tenerlo todo milimétricamente controlado. Somos unos obsesos mendicantes de la seguridad a toda costa y hasta capaces de sacrificar nuestras vidas, día a día, renuncia a renuncia, con tal de obtener la seguridad absoluta. En este orden de cosas —del que participo en mayor o menor medida— necesito abrir un resquicio a la aventura y «El juego del pirata» es un regreso a la adolescencia, la edad que más necesita de ella. Por supuesto, en la novela también están presentes mi preocupación ecológica y resabios de mi formación histórica.

P.— ¿Por qué en el Caribe? ¿Hay connotaciones autobiográficas de algún tipo? ¿O es el marco adecuado para un asunto de «piratas»?

R.— Desgraciadamente no hay connotaciones autobiográficas en cuanto a la ambientación de la novela. Nunca he tenido la oportunidad de viajar al Caribe. Mis



descripciones se basan no en una experiencia, sino en la idea —entre soñada y documentada— que yo tengo de aquellas islas. Hubiese podido recrear los mares del sur u otro lugar, pero efectivamente —¿quién puede negarlo?— el Caribe es, por tradición y por historia el marco ideal para una aventura de piratas que se precie.

P.— Me gustaría seguir hablando de tu obra, pero creo que sería abusar por mi parte. Quiero terminar ya preguntándote ¿hay próxima obra, o tendremos que esperar algún tiempo?

R.— Probablemente la editorial Noguer publique dentro de unos meses un cuento que lleva por título «Paparruchas», que escribí hace un par de años. Es una obra muy diferente, un poco en la línea de Lewis Carroll y con una forma que creo novedosa y, por tanto, arriesgada. También es mucho más comprometida, pacifista y sobre todo anarquizante. Ya veremos.

Por lo demás, tengo muy poco tiempo para escribir. Pero más me vale sacarlo de donde sea y ¡vaya si lo sacaré! Os lo prometo.

José Antonio Camacho Espinosa

Una Editorial: MONTENA

La editorial Montena, del grupo italiano Mondadori —uno de los más fuertes a nivel mundial— era ya conocida por los profesionales españoles desde hace años. A pesar de sus modestos comienzos en nuestro país (recuerdo los tiempos en que ni siquiera tenía catálogo y debíamos hacer los pedidos contemplando las portadas que nos enseñaban los distribuidores), fue implantándose más y más hasta que todos llegamos a conocer sus libros móviles y sus «obras estelares»: «Los gnomos» y «Las hadas».

Hace unos meses empezamos a observar cambios en los libros, en los catálogos e incluso en el nombre de la editorial. A mí me llamó la atención recibir dos listas de precios con muy pocos días de diferencia: la primera en septiembre de 1986 y la segunda un mes más tarde. Tal derroche de medios, cuando al principio habían estado tan escasos, era un poco mosqueante, así que comparé los dos documentos para ver qué tenía el segundo que no recogiera el primero y llegué a la conclusión de que la lista de septiembre era la transición mientras que la de octubre incidía en los aspectos que iban a conformar el futuro de la editorial: el nombre ya había cambiado definitivamente de Montena a Mondibérica y en el prólogo se hablaba por primera vez de la intención de introducirse también en el sector de adultos. Por lo demás, los fondos reflejados y los precios eran prácticamente los mismos, pero la voluntad de futuro quedaba patente en pequeños detalles como que el asterisco, que

antes había usado para marcar los títulos a punto de agotarse, ahora se utilizaba para señalar las obras de publicación inminente.

Así las cosas, en marzo hemos encontrado la explicación de todos estos cambios: el grupo Mondadori se introduce en el mercado español por la puerta grande, con fuertes inversiones y gran despliegue publicitario. La prensa ha reflejado en las últimas semanas la fuerza del grupo en Italia (domina el 70% del mercado de prensa, el 30% de fondo bibliográfico para adultos es suyo, su producción total alcanza los 12.000 libros al año y tiene un total de 6.600 empleados) e incluso ha visitado nuestro país Leonardo Mondadori, nieto del fundador, que ha sido abundantemente entrevistado por los medios de comunicación. La operación de lanzamiento culminó con la presentación de la editorial en el Palace, en un cóctel en el que estuvo presente todo el Madrid cultural.

Mondadori española, que tiene su propia línea editorial y su propio equipo directivo, piensa publicar unos doscientos cincuenta libros al año, centrándose especialmente en los autores de lengua española —comienza con García Márquez, cuyos derechos ha debido comprar a la editorial Bruquera— aunque sin desear a los extranjeros y siempre con un criterio propio, ya que la empresa, según declara D. Leonardo, tiene autonomía para la selección de los fondos a editar.

En toda la documentación que se ha publicado recientemente no queda muy claro qué va a ser de la editorial Montena. Según el ejecutivo italiano «una editorial no puede limitarse al libro infantil, como ocurría con Montena...» Pero de ello no sabemos deducir si Mondibérica va a desaparecer, quedando englobada en